

IGLESIA Y SOCIEDAD

Los procesos de vértigo (o fascinación) y los de éxtasis (o creatividad)*

Alfonso López Quintás

Al descubrir, por experiencia propia, las doce fases de nuestro desarrollo personal, advertimos que nuestra posibilidad de encontrarnos de veras con realidades que nos ofrecen posibilidades de crecimiento depende de nuestra actitud de generosidad. Esta experiencia es la que inspira los procesos de éxtasis. Si nos encerramos, por egoísmo, en nosotros mismos, bloqueamos nuestro desarrollo y anulamos nuestra personalidad. Esa cerrazón destructora da lugar a las terribles experiencias de vértigo. Ha llegado el momento de analizar cuidadosamente estos dos procesos opuestos: el de vértigo y el de éxtasis.

* Las ideas expuestas en este artículo y en los anteriores de la serie son explicadas en la obra *Descubrir la grandeza de la vida* (Desclée de Brouwe, Bilbao 2009) y en los tres cursos on line que ofrece la "Escuela de Pensamiento y Creatividad" (www.escueladepensamientoycreatividad.org)

1. El proceso de vértigo o fascinación

En la extraordinaria película de Carl Theodor Dreyer *Dies irae*, un joven y una joven, vinculados por un amor imposible, se acercan a un lago y saltan a un pequeño bote. "¿A dónde vamos a ir?", pregunta el joven. Su amada responde, resignada: «A donde nos lleve la corriente».



En este plácido lago no había corrientes de agua que pudieran arrastrar una barca impulsada por un remero fornido. Obviamente, el *sentido* de esta respuesta va más allá de su *significado* cotidiano. ¿Cuál es

exactamente ese sentido? Al responder la joven que irán a donde les lleve la corriente, se refiere a un tipo de corriente espiritual que arrastra sin mostrar la meta, porque la meta de la seducción es el *vacío*, y éste no ofrece rostro. Esa corriente que arrastra a las personas -a menudo, contra su voluntad- es el vértigo.

Esta imagen de unos jóvenes perplejos ante su incierto destino, al verse dominados interiormente por una pasión, nos lleva a preguntarnos en qué consiste el proceso de vértigo y cómo se desarrolla.

Supongamos que me hallo ante una persona que me resulta atractiva debido a las dotes que ostenta. Si soy egoísta y me muevo sólo en el *nivel 1*, tiendo a tomarla como un *medio para mis fines*; no la considero como un ser dotado de

personalidad propia, deseosa de realizar sus proyectos de vida, crecer en madurez, establecer relaciones enriquecedoras para todos en condiciones de igualdad. La rebajo a condición de mera *fuerza de sensaciones placenteras* y procuro dominarla para ponerla a mi servicio. En el nivel ético, el dominio se logra a través de la *seducción* y la *fascinación*. Fascinar y seducir a una persona equivale a arrastrarla, a doblar su libertad interior y rebajarla al *nivel 1*.

Cuando logro ese dominio, siento *euforia*, exaltación interior. (Notémoslo bien: No digo *exultación*, *gozo*, sino *exaltación*, *euforia*. Es decisivo matizar bien el lenguaje si queremos evitar la corrupción de la mente y, con ella, la de la vida personal y comunitaria).

Esa forma de exaltación es tan llamativa como efímera, porque se trueca rápidamente en *decepción* al advertir que no puedo encontrarme con la realidad apetecida por haberla reducido a mero *objeto de complacencia*. (Recordemos que con los objetos no podemos encontrarnos porque son realidades cerradas).

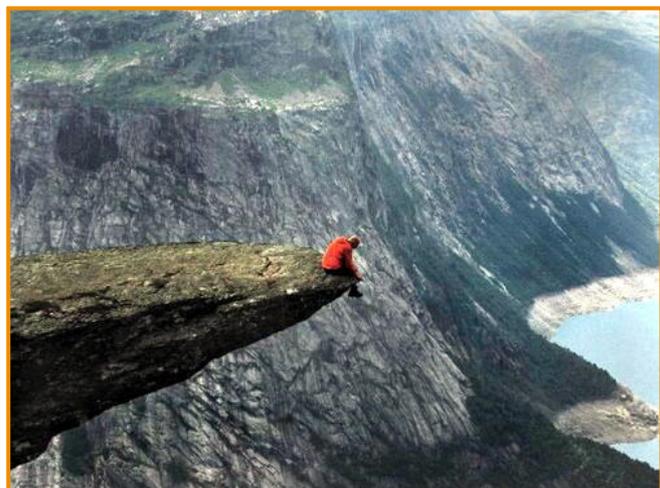
Al no encontrarme con ella, no desarrollo mi personalidad, pues soy un “ser de encuentro”. Ese bloqueo de mi crecimiento se traduce en *tristeza*, que es un *sentimiento de vacío*, de alejamiento de la plenitud personal a la que tiendo por naturaleza.

Si no cambio mi actitud básica de egoísmo, tal vacío crece de día en día hasta hacerse muy profundo. Al asomarme a él, siento esa forma de *vértigo espiritual* que llamamos *angustia*. Tengo la sensación de que no hago pie, que me falla el fundamento de mi vida –que es el encuentro- y estoy a punto de destruirme como persona, pero no puedo volver atrás.

Es el sentimiento de *desesperación*, la conciencia amarga de haber cerrado todas las puertas hacia mi realización personal.

El presentimiento angustioso de estar bordeando el abismo desemboca, finalmente, en una *soledad asfixiante*, frontalmente opuesta a la vida de comunidad que me veía llamado a fundar por mi condición de persona.

Sobrevolemos esta breve descripción. El proceso de vértigo es falaz y traidor: nos promete, al principio, una vida intensa y cumplida, y nos lanza súbitamente por una pendiente de excitaciones crecientes, que no hacen sino apegarnos al mundo fascinante de las sensaciones (*nivel 1*) y alejarnos irremediabilmente de la vida creativa y del ideal de la unidad (niveles 2 y 3). El vértigo nos aleja del encuentro y, en consecuencia, amengua



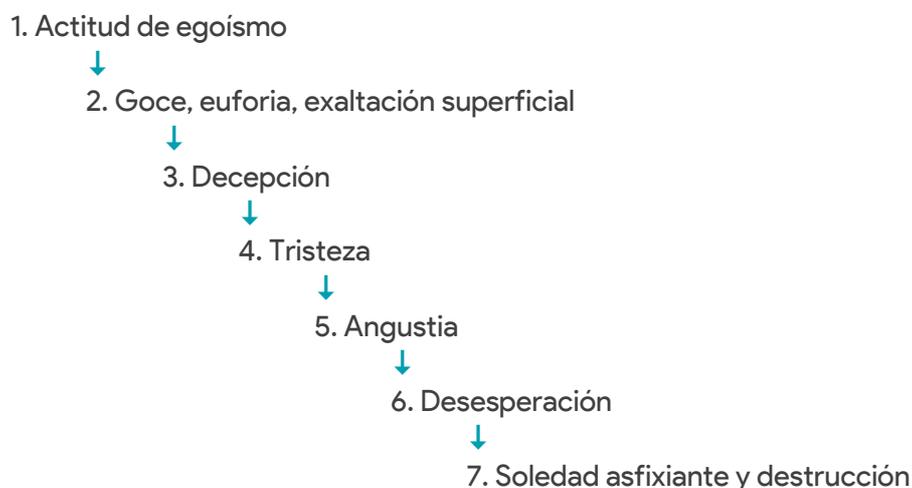
al máximo nuestra capacidad de unirnos a las realidades del entorno y nos enseguece para los grandes valores. Nos entrega, temerariamente, a todo tipo de riesgos por ser radicalmente *imprudente*, es decir, por rehuir la inspiración del ideal de la unidad. Certeramente subraya dicha temeridad una de las obras cumbre de la literatura española:



“Oh amor, amor! -exclama Pleberio, cuando llora la muerte de su hija Melibea-. (...) ¿Quién te dio tanto poder? ¿Quién te puso nombre que no te conviene? (...) Dulce nombre te dieron; amargos hechos haces. (...) ¿Por qué te riges sin orden ni concierto?”. Y apostrofa así al mundo, por incitarnos falazmente al vértigo: “Cébasnos, mundo falso, con el manjar de tus deleites, y al mejor sabor nos descubres el anzuelo. No lo podemos huir, que nos tienes cazadas las voluntades. Prometes mucho, nada cumples; échasnos de ti porque no te podamos pedir que mantengas tus vanos prometimientos. Corremos por los prados de tus viciosos vicios, muy descuidados, a rienda suelta; descúbresnos la celada cuando ya no hay lugar de volver”.

(Fernando de Rojas: *La celestina*, Salvat-Alianza Editorial, Barcelona 1970, págs. 177, 179).

Al hacernos cargo de esta condición siniestra del vértigo, comprendemos por dentro el desvalimiento que sienten las personas entregadas a algún tipo de vértigo: de ambición o de poder, de evasión a través de la embriaguez producida por el alcohol o la droga, de cultivo de la sexualidad desgajada del amor, de entrega descontrolada al juego de azar... La caída en el abismo que provoca el proceso de vértigo puede visualizarse en una línea descendente:



2. El proceso de éxtasis o creatividad

Este proceso sigue el camino opuesto al de vértigo. No va de arriba abajo, sino de abajo arriba.

Si soy generoso y desinteresado, al ver una realidad atractiva -por ejemplo, una persona- no tomo esa atracción como un motivo para querer dominarla, es decir, *seducirla* y *fascinarla* (*nivel 1*), sino como una invitación a *respetarla, estimarla* y *colaborar con ella*, intercambiando posibilidades de todo orden. Ese intercambio da lugar a una relación personal de *encuentro* (*nivel 2*).

Al encontrarme, siento *exultación, alegría* y *gozo* por partida doble, pues con ello perfecciono mi persona y colaboro a enriquecer a quien se encuentra conmigo.

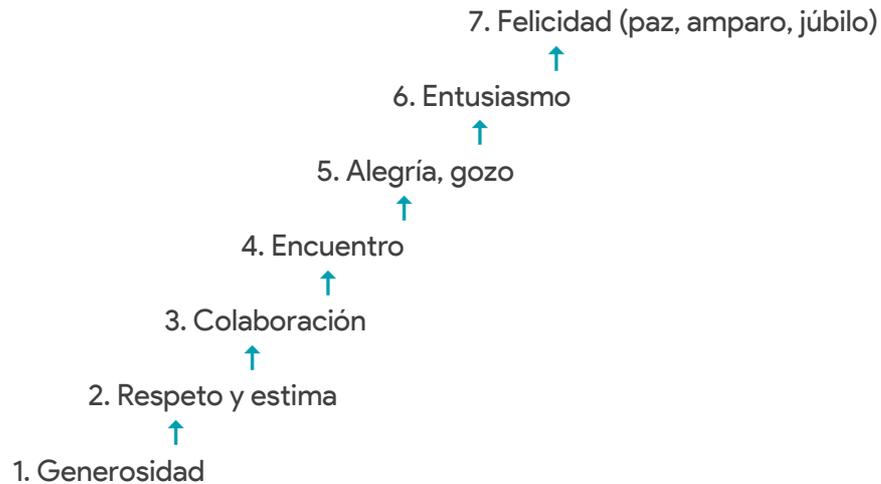
Si me encuentro con una realidad muy valiosa, porque me facilita grandes posibilidades de desarrollo y me eleva a un nivel de excelencia personal, siento *entusiasmo*, un *gozo desbordante* que supone la medida colmada de la alegría, es decir, de la conciencia feliz de estar desarrollando plenamente mi personalidad.

Al adentrarme en un estado de plenitud personal, siento *felicidad*, veo que he llegado a una cumbre. Al encontrarnos por primera vez con obras geniales, como *El Moisés* de Miguel Ángel o *La Pasión según San Mateo* de Bach, pensamos que ha valido la pena vivir hasta ese momento para poder realizar tal experiencia. Ciertamente, la felicidad se da en lo alto, en el *nivel 2*, no en el *nivel 1*. Ese ascenso hacia lo elevado, lo “per-fecto”, lo bien logrado, fue denominado por los griegos “éxtasis”. Lo bien logrado en cuanto al desarrollo personal viene dado por la vida auténtica de comunidad, que se configura mediante una trama de relaciones de encuentro.

Al vivir en estado de encuentro, sentimos que hemos realizado plenamente nuestra *vocación* y nuestra *misión* como personas, y ello nos procura *paz interior, amparo* y *gozo festivo*, es decir *júbilo*. La fiesta es la corona luminosa y jubilosa del encuentro. Por eso rebosa simbolismo y marca el momento culminante de la vida de todos los pueblos.

En síntesis, el éxtasis es un proceso de auténtico y verdadero desarrollo personal. Por ser creativo, es exigente: pide generosidad, apertura veraz, fidelidad, cordialidad, participación en tareas relevantes... Si cumplimos estas exigencias, nos lo da todo porque nos facilita el *encuentro*, que es *un espacio de realización personal festiva*, en el cual recibimos luz para ahondar en los valores, energía para incrementar nuestra capacidad creativa, poder de discernimiento para elegir en cada instante lo que da sentido a nuestra existencia.

Este proceso extático podemos visualizarlo en una línea ascendente:



3. Oposición entre las experiencias de vértigo y las de éxtasis

El vértigo nos seduce y arrastra; el éxtasis nos entusiasma y libera. El vértigo nos desorienta porque no se deja inspirar por el ideal de la unidad. El éxtasis nos centra porque se mueve, agradecido, a la luz del ideal del encuentro.

El proceso de fascinación o vértigo no nos plantea exigencias, responde a una actitud de entreguismo. Nos invita simplemente a dejarnos arrastrar; nos exalta y enardece; nos da una primera impresión eufórica de poder, parece prometernos una rápida plenitud, pero, al instante, nos pone fuera de juego y nos asfixia en el aspecto lúdico-creador.

El éxtasis, en cambio, se muestra muy exigente; nos introduce en una noche de largas y pacientes purificaciones que parecen vaciarnos interiormente. Al perder el apoyo de cuanto solemos considerar en la vida cotidiana como fundamental e indispensable (*nivel 1*), sentimos una sensación difusa de desvalimiento. Pero este sentimiento de inestabilidad se trueca pronto en una impresión exultante de seguridad eminente cuando, tras superar los modos fusionales de unidad, creamos con las realidades valiosas que nos apelan modos auténticos de encuentro (*nivel 2*).

El vértigo es la consecuencia de la fascinación que nos produce el halago de las ganancias inmediatas, sean de tipo intelectual o de tipo sensible.

El éxtasis es fruto de la atracción que ejerce sobre nosotros lo valioso cuando no queremos dominarlo, sino respetarlo, estimarlo y colaborar con él.



El vértigo es *alienante* por entregarnos a una realidad distinta, distante, externa y extraña. En la misma medida, nos deja fuera de nosotros mismos, dispersos, faltos de la unidad que nos otorga la vinculación creadora a lo valioso. Recuérdese la teoría pascaliana del “divertissement” (la diversión, en sentido de pérdida de sí). El divertirse superficial, entendido como mero salir de sí, es una actitud propia del *nivel 1*.

“Hay programas en los medios de comunicación –advierde Ernesto Sábato- donde divertirse es degradar, o donde todo se banaliza... Esta desesperación por divertirse tiene sabor a decadencia”. “La búsqueda de una vida más humana debe empezar por la educación. Por eso es grave que los niños pasen horas atontados delante de la televisión, asimilando todo tipo de violencias; o dedicados a esos juegos que premian la destrucción. El niño puede aprender a valorar lo que es bueno y no caer en lo que les es inducido por el ambiente y los medios de comunicación”.

(Cf. *La resistencia*, Seix Barral, Barcelona 2000, págs. 87, 67).

El éxtasis, por su parte, pide *recogimiento* para despertar *sobrecogimiento ante lo que encierra valor*. En la medida en que crea vínculos entre nosotros y las realidades relevantes, el éxtasis configura nuestra identidad personal.

Las experiencias de éxtasis constituyen los jalones de nuestro proceso de desarrollo.

Las experiencias de vértigo son momentos degenerativos que bloquean el despliegue de la personalidad.

El éxtasis nos *ampara*, al abrirnos a formas auténticas de encuentro, tan arriesgadas como fecundas.

El vértigo, tras la exaltación del primer instante, nos deja en situación de *desamparo espiritual*.

El éxtasis provoca en nuestro ánimo una sana *inquietud*, una interna tensión hacia aquello que nos ofrece posibilidades que impulsan nuestra actividad y hacen viable nuestro cabal despliegue como personas. Esta inquietud no engendra *desasosiego*, sino *paz*, la paz del que tiene conciencia lúcida de estar en todo momento nutrido por la realidad que busca esforzadamente.

La apasionada entrega a las experiencias de vértigo, por el contrario, provoca una ineludible *desazón* en cuanto nos arrastra, nos succiona y nos sitúa fuera del juego de la vida auténticamente personal. El vértigo, contra lo que puede parecer a una mirada superficial, no engendra *dinamismo*, sino simple *agitación*. El hombre entregado al frenesí del vértigo, en cualquiera de sus modalidades, no hace sino girar sobre su propio eje sin avanzar. Al tomar conciencia de que su agitación ha sido mero desgaste baldío de energías, el hombre fascinado por la exaltación del vértigo siente ineludiblemente una amarga decepción.

El éxtasis suscita *gozo desbordante*, por lo que implica de plenitud, e inspira sentimientos de optimismo realista al abrir ante nosotros horizontes de sentido, cuajados de valores. Valor y sentido, profundamente entendidos, penden de la creatividad, y, en concreto, de los acontecimientos de juego y encuentro.

El vértigo engendra *decepción* y *pesimismo*, debido al desnivel que media entre la magnitud de las expectativas que despierta en quien se rinde a su hechizo y la condición catastrófica del resultado a que aboca.

El éxtasis aviva en nuestro interior la *melancolía*, sentimiento profundo de añoranza por realidades valiosas, todavía no del todo alcanzadas, tan sólo entrevistas. El hombre extático vive *en esperanza*.

El vértigo despierta pasión, por cuanto embriaga con el halago efímero del momento presente. El hombre del vértigo es un obseso de ganancias inmediatas. Vive *a la espera* del instante gozoso, se atiende hedonísticamente al “Carpe diem” horaciano y exclama con el poeta Alphonse de Lamartine: “*Ô temps, suspends ton vol!*” (Oh tiempo, suspende tu vuelo).

El éxtasis suscita *agradecimiento*, pues el hombre que responde creadoramente a la apelación de las realidades que producen entusiasmo tiende a interpretarlas como un *don*.

El vértigo, por el contrario, fomenta actitudes de *resentimiento* frente a las realidades que, por no ser fácilmente reducibles a objeto de posesión, no provocan actitudes de entrega fascinada, antes apelan a la libertad creadora. Piénsese en el amor humano bien entendido, en las realidades religiosas, en el gran arte de todos los tiempos.

El éxtasis fomenta la actitud de generosidad y respeto. El hombre extático se abre a los demás para ofrecerles, en un campo de juego común, sus posibilidades creadoras. Esta ofrenda significa, en el fondo, un obsequio al poder creador de los otros, que uno reconoce y acoge.

El vértigo, en cambio, es fuente a la par de *sadismo* y *masoquismo* porque arrastra al hombre que lo sufre como si fuera un *mero objeto*, y lo impulsa a no ver en los demás seres sino su condición de *objetos manipulables*. El vértigo no es respetuoso ni generoso. El hombre que es presa del vértigo tiende por igual a dominar y a dejarse dominar, a absorber en sí las realidades del entorno, negándoles toda independencia, y a perderse en ellas, anulando de raíz su capacidad personal de iniciativa. El vértigo convierte al hombre en un ser dominador e indolente a la vez.

De ahí que el vértigo del *totalitarismo* y el del *gregarismo* sean, en rigor, dos vertientes de un mismo error básico: la adopción de una actitud *reduccionista*. Sentirse a resguardo e, incluso, en posición de dominio porque se está al día y “todos piensan igual que uno” constituye la ingenuidad radical del hombre *gregario*, que interpreta como *energía personal* la fuerza de *arrastre* que ejerce sobre su ánimo el vértigo del gregarismo.

Al reduccionismo se debe que en tantas obras literarias y cinematográficas puedan seguirse sin solución de continuidad escenas de erotismo y de violencia, vinculando así la aparente ternura con la crueldad vesánica. Decimos *aparente*, porque de hecho el erotismo implica la *reducción* de una persona a mero objeto de complacencia fugaz, carente de la debida creatividad, y, en la misma medida, constituye un modo *violento* de interrelación. Por el contrario, el hombre que realiza experiencias de éxtasis se muestra siempre respetuoso con la condición de cada realidad. Lo hace fundamentalmente porque se asienta en la convicción de que la vida personal es vida creadora, y la creatividad sólo es posible entre

realidades que no son meros objetos, sino centros de iniciativa que ofrecen determinadas posibilidades de juego a quien pueda asumirlas. Las realidades personales, si son reducidas a objetos, dejan de ser posibles compañeros de juego.

Al ser reduccionista y no fundar auténticas relaciones de encuentro y de juego creador, la experiencia de vértigo no alumbró sentido, provoca la ceguera para los valores, orienta al hombre hacia la actitud existencial del *absurdo*. Con ello, desplaza al hombre de su verdadero lugar, lo sume en tinieblas y lo adentra en el reino de fealdad que engendra el desorden. Realmente, como bien escribió Ernesto Sábato, “*lo peor es el vértigo*” (O. cit., p. 101).

Por su talante creador de formas auténticas de juego y encuentro, la experiencia de éxtasis alumbró luz, pone al hombre en verdad y es fuente de la más honda belleza. Desde antiguo se define la belleza como el *esplendor del orden*, entendido éste positivamente como *ordenación*, entreveramiento de diversas vertientes de la realidad.

Es obvio que las experiencias de vértigo y de éxtasis se oponen por su origen, su desarrollo y sus consecuencias, pero actualmente se los confunde con frecuencia. Es una cuestión de máxima transcendencia que urge precisar.

4. Confusión de los procesos de vértigo y los de éxtasis

Como acabamos de ver, vértigo y éxtasis son procesos opuestos por su origen, su desarrollo y sus consecuencias.

El vértigo es impulsado por el egoísmo; el éxtasis, por la generosidad;

El vértigo provoca tristeza, angustia y desesperación; el éxtasis suscita alegría, entusiasmo, felicidad.

El vértigo aboca a la desolación de la soledad que sigue a la destrucción del encuentro; el éxtasis culmina en la paz y el gozo de una convivencia amorosa.

A pesar de esta triple oposición, hoy día se tiende a confundir los procesos de vértigo y de éxtasis para rodear a los primeros del aura de prestigio que orla de antiguo a los segundos. Esta confusión nos impide discernir qué conductas edifican nuestra personalidad y qué otras la disuelven. Cuando nos entregamos a la fascinación del vértigo, podemos pensar ilusamente que nos elevamos a lo mejor de nosotros mismos. Cuando nos damos cuenta de que somos unos *ilusos*, es, a menudo, demasiado tarde porque ya hemos caído por el tobogán del vértigo y apenas podemos, de hecho, cambiar la experiencia básica del egoísmo por una de generosidad y renunciar al uso indiscriminado de la *libertad de maniobra* para adquirir esforzadamente una verdadera *libertad creativa*.



Es sobremanera importante para nuestra vida personal distinguir netamente las experiencias de vértigo y las de éxtasis. Esta labor se halla dificultada en extremo por la semejanza que una mirada desprevenida cree descubrir entre ciertos fenómenos humanos como:

el *arrastre* y la *atracción*,
 la *fascinación* y la *admiración*,
 la *exaltación* y la *exultación*,
 la *entrega* desmadrada y la *entrega entusiasta*,
 la *unidad fusional* y la *unidad-de-integración*.

A menudo se afirma, en la conversación diaria, que algo nos *fascina* para indicar que nos *atrae poderosamente*, debido a su valor. En realidad, queremos decir que suscita nuestra admiración e incluso a veces nos produce sobrecogimiento por su relevancia. Si no precisamos con rigor el sentido de estos términos y otros semejantes, corremos peligro de tomar como acontecimientos afines las experiencias de vértigo y las de éxtasis, que, vistas adecuadamente, presentan condiciones opuestas.

Para poner en forma la capacidad de matizar debidamente los conceptos antedichos, es útil confrontar fenómenos tales como

el vértigo de la pura competición (que es ambiciosa, por ser propia del puro *nivel* 1) y el éxtasis deportivo (que se muestra generoso, como corresponde a los niveles 2 y 3).

el vértigo de la embriaguez rítmica electrizante -que arrastra- y el éxtasis de la inmersión libre y enriquecedora en una obra musical valiosa,

el vértigo del erotismo y el éxtasis del amor oblativo,

el vértigo de la entrega a fuerzas destructivas y el éxtasis de la unión personal con el fundamento de toda realidad, es decir, con el Dios creador.

Esta confrontación aquilatada nos permite descubrir, más allá de cualquier afinidad aparente, una abrupta diferencia cualitativa entre los fenómenos de fascinación o vértigo y los de juego creador o éxtasis, ya que aquellos provocan la quiebra -en mayor o menor medida- de la capacidad creadora, y éstos la llevan a cotas diversas de desarrollo.

Vértigo y éxtasis coinciden en que *sacan al hombre de sí*, pero el primero lo aliena -porque lo deja a merced de realidades o fuerzas distintas, distantes, externas y extrañas a él-, y el segundo -el éxtasis- lo eleva a lo mejor de sí mismo, al estado de encuentro plenificante al que aboca el ser humano cuando se relaciona con realidades valiosas que, a través del juego creador o trato, se convierten en *íntimas* sin dejar de ser distintas.

La dilemática oposición entre vértigo y éxtasis parece venir desmentida por el hecho de que un fenómeno tan significativo como el amor conyugal presenta una vertiente -la atracción sexual- que implica, a primera vista, un movimiento de vértigo, y otra -el encuentro personal- que constituye un acontecimiento extático. Ciertamente, el amor conyugal puede llevar consigo cierto momento de fascinación, pero éste debe ser asumido por el dinamismo creador de un campo de amistad personal generoso y lúcido. El instinto



sexual se convierte en fuerza provocadora de vértigo cuando el hombre lo autonomiza, no lo encauza hacia una meta superior, como si fuera una potencia autárquica, *disoluta*, es decir, desgajada del dinamismo integral de la persona. Esta energía instintiva que amenaza con arrebatarse al hombre y lanzarlo por el plano inclinado del frenesí sexual cobra un valor peculiar y un sereno equilibrio al ser asumida conscientemente por la persona e integrada en el proceso de fundación de un campo de juego amoroso, un espacio de encuentro. Lo que en sí presenta un *significado* de vértigo adquiere en este contexto creador un *sentido* de éxtasis. Esta transformación responde a un cambio radical de actitud por parte del hombre: sustituye la actitud de *entrega fascinada* a los valores inferiores -que *seducen*- por la actitud de *colaboración amorosa* con los valores superiores, que *atraen*.

A la vista de esta oposición entre las experiencias de vértigo y las de éxtasis, sorprende que actualmente se los presente a menudo como afines. Este malentendido se comete, a veces, por inadvertencia -debido a un escaso conocimiento de ambos fenómenos-, pero con frecuencia responde al intento manipulador de lograr que multitud de personas -sobre todo, jóvenes- se dejen seducir por las experiencias de vértigo al confundir la *euforia* que produce el vértigo con el *entusiasmo* que suscita el éxtasis.

La forma más peligrosa de manipulación radica en confundir de propósito, dolosa y arteramente, las experiencias de vértigo y las de éxtasis. Con esta tergiversación, en apariencia inocua, se subvierten los valores que están en la base de la mejor cultura occidental, y se deja a las personas y a los grupos humanos inermes frente a los afanosos de poder fácil.

Ante esta forma sutil de manipulación no hay más salida que estar alerta, conocer en pormenor los recursos de la estrategia del lenguaje y fomentar la creatividad. Pueblo poco creativo y escasamente formado es pueblo fácilmente manipulable. Pueblo creativo y bien formado es pueblo que sabe enfrentarse con éxito a la marea de la manipulación.

De lo antedicho se desprende que fomentar las experiencias de vértigo es el modo más eficaz -y siniestro- de amenguar al máximo la creatividad de los pueblos, distorsionar el lenguaje y hacer, con ello, posible la manipulación masiva de las gentes. Promover la creatividad significa incentivar las experiencias de éxtasis, en todas sus facetas, y desoír las voces de sirena que incitan al vértigo. Amplio, difícil y fecundo programa para una tarea educativa con visión de futuro.

Para llevar a cabo tal programa debemos investigar las causas que provocan la injustificable identificación de los procesos de vértigo y los de éxtasis.

5. Causas que provocan la confusión de ambos procesos

Hemos destacado ya varios de los motivos que inducen a identificar estos procesos. Veámoslos un poco más de cerca:

Ambos entrañan una *salida de nosotros mismos*. Ello explica que se hable tanto de "éxtasis místico" como de "éxtasis pasional". Visto con rigor, el llamado *éxtasis pasional* no es sino un tipo de *vértigo*, pues nos halaga con el hechizo de una aventura excitante, para sumirnos, al final, en una situación de extremo desamparo. El *éxtasis místico* es una forma de éxtasis auténtico, pues nos libera del apego a las actitudes egoístas propias del *nivel 1* y nos lleva a realizar -con las actitudes creativas de los niveles 2, 3 y 4- modos de encuentro valiosísimos que engendran felicidad.

En la descripción de los dos procesos movilizamos términos que parecen sinónimos o, al menos, muy semejantes, y tal afinidad nos lleva a confundirlos.

Decimos que el vértigo *arrastra* y el éxtasis *atrae*. Parecen acciones semejantes, pero es un espejismo, porque arrastrar significa restar libertad, mientras atraer hacia algo valioso implica invitar a enriquecerse libremente.

El vértigo provoca una entrega *eufórica, desmadrada*, y el éxtasis suscita una entrega *entusiasta*. La euforia es una exaltación superficial y pasajera. El entusiasmo implica plenitud personal.

El vértigo *seduca* y el éxtasis *enamora*.

El vértigo *fascina* y el éxtasis *sobrecoge*.. Lo fascinante arrebatada de modo irresistible hacia algo atractivo que anula la voluntad. Lo que sobrecoge nos emociona con el valor de algo muy elevado.

Los términos subrayados presentan un sentido muy diferente. Si queremos determinarlo con precisión, debemos considerar que las experiencias de vértigo se realizan en el *nivel 1*, y las de éxtasis en el *nivel 2*. Ningún proceso de vértigo es inspirado por una realidad que *se haga valer* ante nuestra inteligencia y persuada a nuestra voluntad a dejarse *enamorar* por el atractivo de las posibilidades creativas que nos ofrece -*nivel 2*-. Se limita a *fascinar o seducir* nuestra voluntad, es decir, a *arrastrarla* mediante una forma fácil de halago, que al principio nos pone *eufóricos* pero luego nos *vacía* y nos aleja del *entusiasmo* y la *felicidad*.

6. Finalidad perseguida con la confusión de vértigo y éxtasis

Si confundo las experiencias de éxtasis y las de vértigo, proyecto sobre éstas el inmenso prestigio que han adquirido aquéllas desde antiguo tanto en el campo filosófico y teológico como en el artístico y el amoroso. Este falso prestigio nos lleva a pensar que, al



entregarnos a la fascinación de un vértigo, nos elevamos a lo mejor de nosotros mismos. Al vivir la *exaltación eufórica* del vértigo, la confundimos fácilmente con la *exultación jubilosa* del éxtasis y nos hacemos la ilusión de que estamos viviendo una “experiencia cumbre” (Abraham Maslow). Si nos dejamos *fascinar* por una acción que encandila los instintos y sentimos en nuestro

ser una especie de *fuerza de gravitación* que nos arrastra como un torbellino pasional, creemos estar logrando una *personalidad desbordante de energía*.

El gran escritor ruso Fedor Dostoyevski expresó de forma inolvidable, en *El jugador*, su propia experiencia del poder de arrastre que posee el vértigo. Tras señalar que una anciana rusa había perdido a la ruleta todos sus ahorros, comenta con decisión:

«No podía ser de otro modo: cuando una persona así se aventura una vez por ese camino, es igual que si se deslizara en trineo desde lo alto de una montaña cubierta de nieve: va cada vez más deprisa».

(O cit., Alianza Editorial, Madrid 1980, págs. 126-127).

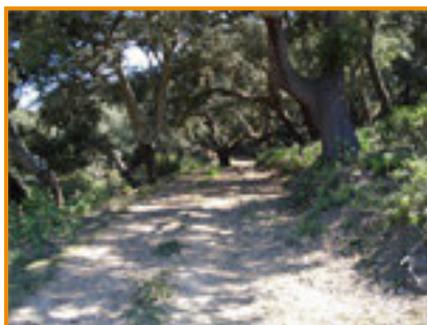
En la experiencia de vértigo, nuestra *libertad individual* es anulada violentamente por una *fuerza de gravitación* que nos catapulta al vacío. Al ser arrebatados por esa energía aniquiladora, podemos tener en principio una sensación de *poderío* y *libertad sin fronteras*, pero se trata de un otro espejismo. No tenemos el menor poder; somos arrastrados hacia un estado de absoluto desvalimiento. No alcanzamos la suprema libertad; vivimos la experiencia límite de la caída en el vacío.

Si vértigo y éxtasis se confunden, no tendremos dificultad en conceder la primacía a las experiencias de vértigo, porque halagan nuestros instintos y nos prometen una fácil realización personal. No tardaremos en descubrir que es una promesa *falaz*, pero, una vez entregados a la seducción del vértigo, apenas podremos reiniciar una vida creadora de ámbitos. El que se entrega, *ilusionado*, a cualquier tipo de vértigo lamenta al final haber sido un *iluso* al confundir la *libertad de maniobra* -que opera en el *nivel 1*- con la *libertad creativa* -propia del *nivel 2*- y haber utilizado la primera para destruir la segunda.

Imaginémonos a Machbeth, un noble inglés que, por ambición, se entrega al vértigo del poder. Pensaba, sin duda, que así obtendría la felicidad. Nada más iluso, porque logró el

poder pero no la felicidad. Al contrario, se vio sumido en la tristeza, la angustia y la desesperación, para acabar cercado y letalmente asfixiado. Son, justamente, las distintas fases del proceso de vértigo.

El vértigo da rienda suelta a nuestra libertad de maniobra, pero amengua nuestra libertad creativa. Decece, con ello, nuestra decisión de optar en todo momento por el ideal de la unidad y crear entre nosotros formas de vida *bien estructuradas*. Esta pérdida de cohesión nos masifica y nos vuelve fácilmente *dominables*. Ahora vemos con claridad que el manipulador nos halaga para seducirnos y dominarnos, no para incrementar nuestra verdadera felicidad. Hacernos cargo de esto a tiempo nos vuelve precavidos frente a falsos liderazgos que no intentan sino *empobrecernos espiritualmente* -amenguando nuestra capacidad de unirnos a las realidades del entorno- y *someternos a los propios intereses* sin apenas oposición.



Al analizar las experiencias de éxtasis y de vértigo, hemos descubierto que, en la vida, podemos seguir una *vía ascendente* hacia el pleno desarrollo de nuestra personalidad y otra *descendente* que supone una caída gradual en la inautenticidad, por no decir en el desquiciamiento total de nuestro *modo de ser*, nuestro *éthos* o vida ética. Cada una de esas vías presenta diversos escalones, planos o niveles. Cuando los conocemos con cierta precisión, estamos bien dispuestos para descubrir el sentido profundo de la afectividad humana: sus inmensas posibilidades y sus abismales riesgos. Lo veremos de cerca en el próximo artículo. ■

EL AUTOR

Alfonso López Quintás es doctor en Filosofía, catedrático emérito de Filosofía en la Universidad Complutense (Madrid) y fundador de la Escuela de Pensamiento y Creatividad. (www.escueladepensamientoycreatividad.org).